

HELMANTICA

REVISTA DE HUMANIDADES CLASICAS
PONTIFICIA UNIVERSIDAD ECLESIASTICA.-SALAMANCA

AÑO I

JULIO-SEPTIEMBRE DE 1950

NÚM. 3.

PRUDENCIO Y LA MITOLOGIA

El tema contiene en sí varios aspectos: el religioso, el histórico, el social, el literario, el meramente poético. Tratándose de un escritor apologista, cristiano y poeta es difícil el disociar el aspecto poético del religioso.

Bien sabemos que los literatos paganos más sensatos, como Cicerón y Horacio ¹ y el arcaico Ennio, toman la mayor parte de la Mitología pagana como resultado de los sueños y ficciones de los poetas «figmenta poetarum» ² pero recibidas estas ficciones como elementos de las creencias populares y religiosas entraron pronto en el acervo complejísimo de los dogmas paganos, haciéndose objeto de su religión y parte de su credo. De esta forma, olvidándose pronto la procedencia de los sueños, se infiltraron en las almas rudas e ignorantes del pueblo, como una savia vital y necesaria de la sociedad romana, de la que no pudieron prescindir hasta que el dogma cristiano la sustituyó por el Evangelio de la verdad y de la vida.

¹ J. HUMBERT, *Mitología Griega y Romana*, Barcelona, 1943, p. 9.

² Para CICERÓN véanse los tres libros *De Nat. Deor.*, en particular, 2, 25 y 26. Para ENNIO recuérdense aquellos versos del EPICARMUS:

«Terris gentis omnis peperit et resumit denuo dat cibaria
quod gerit fruges, *Ceres*.» (Epich. IV, Vahlen).

«Istic est is Jupiter quem dico, quem Graeci vocant
aerem, qui ventus est et nubes, imber postea,
atque ex imbre frigus, ventus post fit, aer denuo.
Haec propter Jupiter sunt ista quae dico tibi,
qua mortalis atque urbes beluasque omnis juvat».
(Epich. VII, Vahlen).

El cristianismo tuvo que luchar denodadamente contra esta doctrina politeísta en la que halló uno de los obstáculos más fuertes para su rápida difusión. Era empresa difícil arrancar aquellos dioses y diosas aferrados a la historia patria de la veneración de los pueblos, más que por la persuasión intelectual que pudieran tener de su religión, por el terror supersticioso que les inspiraba el suspender los sacrificios o el no postrarse y rendirse ante las aras ³.

Estaban prácticamente convencidos, por lo menos el pueblo menos culto, de que el poder de Roma se apoyaba en los altares de todos los dioses y en las imágenes de todos los indigetes o semi-dioses. Los labriegos que lo fiaban todo de Ceres, de Saturno, de Príapo, de Baco, de Palas, aun cuando llegaran a convencerse de la ridiculez de sus dioses, guardaban un «no sé qué», un «quién sabe» dentro de sus creencias, que no les permitía prescindir en absoluto de sus veneraciones supersticiosas ⁴.

Por otra parte, los frecuentes relatos de castigos aparentes o fingidos, de casos admirables, o de ejemplos de escarmiento, neutralizaban las inquietudes surgidas ante la exposición de la verdad. El incendio premeditado e intencionado de la ciudad, la rebelión de una cohorte, el tumulto popular, la violación de las fronteras por parte de los enemigos, los mismos fenómenos físicos o cósmicos, como sequías, inundaciones, terremotos o mareas, servían a las mil maravillas a los tenaces defensores del politeísmo para anular los esfuerzos constantes de los apóstoles y apologistas cristianos.

No fué, como es natural, Prudencio de los primeros escritores cristianos que se lanzaron al asalto del paganismo. Las obras que de él se conservan pertenecen a los años que juntan los siglos IV y V; y ya Minucio Félix y Tertuliano, y S. Cipriano, y Ambrosio, y Lactancio, y el español Juvenco, y S. Dámaso, y S. Hilario, y S. Ambrosio, y S. Jerónimo, entre los latinos, habían lanzado los rayos de su palabra y de sus escritos contra los dioses del Parnaso o de la roca Tarpeya. Pero Prudencio, digámoslo así, se deleitó en asestarles el tiro de gracia. Precisamente el libro más potente que escribió contra los ídolos, el primero contra Símaco, aparece veinte años después

³ Prudencio tuvo que desvanecer también la opinión de que todos los males que acontecían en el imperio inmediatamente después de la implantación del cristianismo eran castigo de los dioses airados. Cfr. *Sim.* 2, 583-706.

⁴ Cfr. VIRG. *Georg.* 1, 5-23.

de que la magna cuestión en torno de la estatua de la Victoria se había concluído ⁵.

Prudencio alaba, teme y se dirige a su adversario como si le tuviera delante. No cabe duda que el poeta lo conoció, pero en el momento en que le dirige la palabra, el gran orador romano había muerto. Con todo, el fervoroso cristiano, quizás para acabar con todo resto de paganismo, se lanza contra el enjambre de dioses y diosecillas con la tenacidad de un celtíbero y la decisión de un aragonés. Por eso su argumentación, más que en la filosofía, se basa en la ironía y en la socarronería, digámoslo claramente, de quien, viendo rendido a sus pies a un enemigo potente y secular, quiere descubrir sus armadijos y disfraces para hacerlo despreciable y ridículo.

Prudencio habla siempre como un iniciado. Él penetra los secretos de la religión pagana, que debió de conocer profundamente en sus tiempos jóvenes y en sus años de magistrado y de jefe de la guardia palatina. Por eso escribe con conocimiento de causa, buscando siempre la parte ridícula de las creencias paganas. Nos hace asistir al momento decisivo del cambio obrado en Roma, en los tiempos que corren desde Constantino a los hijos de Teodosio. Contemplamos a través de las pupilas de un poeta la caída de los dioses del paganismo y el triunfo de Cristo en la sociedad romana.

Para proceder con algún orden iremos presentando los puntos de vista de Prudencio sobre cada una de las divinidades paganas, según la división clásica de dioses mayores, menores y semidioses.

Los dioses mayores eran veintidós. De ellos doce llamados Consentes porque asistían a la corte celestial ⁶ y tomaban parte en las deliberaciones sobre el gobierno del mundo. Sus nombres los recuerda Ennio:

«Juno, Vesta, Minerva, Ceres, Diana, Venus, Mars,
Mercurius, Iovis, Neptunus, Volcanus, Apollo» ⁷.

Los diez restantes *selecti*, a saber: Cielo, Saturno, Plutón, Baco, Jano, las Musas, el Destino, Temis, etc.

⁵ Cfr. A. GUDEMAN, *Historia de la Litteratura Latina*, Barcelona, 1930, p. 87.

⁶ Llamada *consentium deorum* en una Inscip. en ORELLI, 2120; GRUTER, 3, 1. Son los dioses que gobiernan el mundo formando el consejo de Jupiter. OVID. *Met.* 6, 72 ss. Cfr. S. AGUSTIN. *Civ. D.* 4, 23, y tienen un cuidado especial de los labradores, VARR. *L. L.* 8, 70; *R. R.* 1, 1, 4.

⁷ *Fragm.* 42, v. 2.

Los dioses menores llegaron a ser innumerables. Eran dioses campestres, dioses del mar, dioses domésticos, y dioses alegóricos.

Semidioses eran los nacidos de un dios y una mujer mortal, o de una diosa y un hombre. Así Pólux, Hércules, Eneas, Rómulo, etc., denominación que luego se extendió a los hombres que por sus acciones relevantes merecieron entrar en el cielo después de su muerte.

1.—Los dioses mayores.

Prudencio, como es natural, no distingue en su obra las tres categorías de dioses. El habla de cada uno según tiene ocasión, esforzándose en poner de manifiesto las añagazas, falsías y trampas en que se basa su culto y su divinidad. No agota nunca la materia porque él no se propuso escribir un tratado de religión pagana, por esta misma razón a algunos dioses o diosas no hace más que nombrarlos. Pero no omite dato que pueda tener importancia en el logro de su objetivo final.

Ante todo sienta la tesis del monoteísmo. Un solo Dios creador de todas las cosas:

«No crió uno—dice—el alma y otro el cuerpo, ni hay varios dioses que administren los diversos bienes de esta vida. No hay un dios que proporcione las mieses y los cereales en general, y otro que dé la uva a los racimos, o derrame el mosto purpúreo del cargado sarmiento. Yo solo lo suministro todo, yo soy el que hago engrosar las pingües aceitunas en sus ramas, cosa que vosotros creéis que procede de la griega Palas, y el que da la hora del nacimiento a los que vienen a la luz»⁸.

Dios es espíritu purísimo, sapientísimo e inmutable:

«Yo solo gobierno la creación, ni me canso con tal obra como si fuera débil, enfermo o frágil. Yo tengo una esencia luminosísima y una vida inmutable y una antigüedad no comprendida por vuestros sentidos. Para el gobierno del mundo no necesito de ministerios, ni busco partícipes, ni ayudas. Más aun conozco yo solo las legiones de ángeles que crió mi diestra, y qué naturaleza tengan todas las cosas criadas y con qué fin las crié»⁹.

Dios es el Señor supremo y creador de todas las cosas: «No se

⁸ *Stm.* 2, 214-222.

⁹ *Stm.* 2, 227-235.

tenga por Dios sino al que está sobre todas cosas, y creó los espacios del inmenso orbe»¹⁰.

Sin embargo los hombres se olvidan de Dios y se forjan mil divinidades, dividiendo con ello las cualidades inalienables e indivisibles de Dios¹¹.

Roma en un principio adoró pocos dioses y levantó pocas aras¹²; pero conforme iba triunfando de sus enemigos, iba aumentando el número de templos y de divinidades¹³. Introdujo, además de los dioses griegos¹⁴, los dioses del Egipto por muy ridículos y groseros que fueran¹⁵, como Anubis con cabeza de perro que trajo Cleopatra¹⁶; los dioses de las arenas del Amón, como Júpiter¹⁷; otros con caras cornudas, que vinieron como despojos de la vencida Sirtia¹⁸.

Cada vez que Roma triunfaba sobre un pueblo traía siempre también sus dioses cautivos y muy pronto les erigía templos y altares¹⁹, dioses, por cierto, inútiles, porque no fueron capaces de defender a sus protegidos y devotos²⁰, ni de guardarse ellos mismos del empuje de las legiones romanas²¹.

No contentos con esto, divinizaron cuanto les llamaba la atención sobre la tierra, sobre el mar, y sobre el aire: las colinas, los ríos, los mares, el fuego, recibieron los honores de la divinidad; y llamaron Neptuno al Océano, Ninfas a los ríos, Driadas a las selvas, Napeas a los campos no surcados por caminos, Vulcano al fuego. Adoraron al sol y a la luna²².

¹⁰ *Sim.* 1, 40-41. Cicerón que en sus momentos de lucidez se había aproximado tanto a la verdad dijo: «Nec vero Deus ipse alio modo intelligi potest, nisi mens soluta quaedam et libera» *Disp. Tusc.* 1, 27, 66. «Unus erit communis quasi magister et imperator omnium Deus» *Rep.* 3, 22.

¹¹ Cfr. *Sim.* 2, 236-242.

¹² *Sim.* 2, 344-345. Ni siquiera tenían un concepto claro de la divinidad. Cfr. G. PRAMPOLIN, *La Mitologia nella vita dei popoli*, Milano, 1942, Tom. II, p. 169.

¹³ *Sim.* 2, 346-349.

¹⁴ *Sim.* 2, 351-352.

¹⁵ *Sim.* 2, 353.

¹⁶ *Sim.* 2, 353; PROPERT. 3, 11, 39-46.

¹⁷ *Sim.* 2, 354; PROPERT. 4, 1, 103.

¹⁸ *Sim.* 2, 355.

¹⁹ *Sim.* 2, 356-358.

²⁰ *Sim.* 2, 359-360.

²¹ *Sim.* 2, 511-581.

²² *Sim.* 1, 297-313.

¿Qué número de dioses se llegó a adorar en Roma? No es fácil responder; pero no se fingió vestigio, no se ideó monstruo, no discurrió por la tierra un hombre que se distinguiera por sus vicios o sus crímenes o heroísmos, a quien la Urbe no dedicara un templo y colocara entre sus dioses protectores ²³. Hay en Roma tantos templos cuantos son los héroes que tienen sus sepulcros en el orbe entero, cuantos son los muertos a quienes la leyenda ha ennoblecido. Así llegaron a dioses Anco, Numitor, Numa, Tulo, las sombras de los Penates ²⁴, Hércules con su clava ²⁵, Italo, Jano, Sabino, Pico ²⁶. Trescientos mil dioses dice que adoraba Juliano el Apóstata ²⁷.

Con todo, los romanos se creen dotados de una superioridad teológica con respecto a los otros pueblos. Se ríen del Egipto que adora las hortalizas, el puerro, las cebollas, los ajos, el buey Serapis, y la mona de gran cola, pero no advierten que en nada se diferencian de esto Juno, Laverna y Priapo ²⁸.

«La superstición es la misma—dice Prudencio—aunque la apariencia sea distinta» ²⁹.

Este panteísmo horroroso en nada se diferencia del ateísmo más desgarrado, propio del hombre salvaje.

Citemos las palabras del poeta:

«Luego aparece otra senda encubierta por los frondosos frutales, que siguen las bestias y los animales mudos, y los que se ocultan por las selvas. El alma del hombre se ofusca ignorante del cielo, viviendo cautivo bajo un cruel tirano. Esta piensa que no hay Dios, que todo se gobierna por el acaso, y que los siglos se suceden sin ordenación alguna superior. Este camino no dista mucho de las sendas que frecuentáis vosotros, los que admitís muchos dioses supremos» ³⁰.

Pero el escalpelo satírico de Prudencio se hunde sobre todo en el examen particular de cada dios. De ordinario no hace más que enumerar las condiciones, propiedades y acciones que la Mitología gentílica les atribuye, pero enseguida se adivina la pregunta implícita: ¿Y a este entitáculo vicioso y repugnante, indigno de vivir en sociedad y de contarse entre los hombres, lo voy a adorar como

²³ Cfr. *Sim.* 2, 355-856; *Sim.* 1, 54-55.

²⁴ Cfr. *Sim.* 1, 190-197.

²⁵ *Sim.* 1, 116-121.

²⁶ *Sim.* 1, 233-237.

²⁷ *Apot.* 453.

²⁸ *Sim.* 2, 865-870; JUVENAL, *Sat.* 15, v. ! en adelante.

²⁹ *Sim.* 2, 871.

³⁰ *Sim.* 2, 872-880.

dios? ³¹. Presentemos el retrato de alguno de ellos sirviéndonos únicamente de los datos que Prudencio nos suministra en su obra. En las notas marginales añadiremos lugares paralelos de escritores paganos para que se advierta la buena información de nuestro vate.

Saturno. Saturno es hijo del Cielo ³², destronó a su padre y, burlándose de su hermano mayor Titán, se constituyó en el reino del universo. Es destronado por su hijo Júpiter y perseguido duramente por él ³³. Temiendo un duro castigo ³⁴, viene huyendo y pide un rincón donde ocultarse ³⁵ y pasar su destierro ³⁶. Se oculta en Italia ³⁷, educa y civiliza a aquellas gentes ³⁸, dándoles el nombre de latinos, y a la tierra el de Lacio, del latín *latere* = estar escondido ³⁹. Inventó la hoz de podar ⁴⁰, y levantó las murallas Saturnas junto a las orillas del Tíber ⁴¹; pero en recompensa exige un bosque sagrado y la dedicación de unas aras ⁴² en las que corra la fresca sangre de los niños sacrificados ⁴³. Es un viejo ⁴⁴, padre de innumerables dioses ⁴⁵, rijoso como un caballo ⁴⁶ que perseguía a las vírgenes

³¹ Cfr. *Sim.* 1, 624-632.

³² *Sim.* 1, 53.—Tres relaciones distintas se dan de su nacimiento. Hijo del Cielo y de Vesta, ENNIO, *Ann.* 26; CIC. *Nat. Deor.* 3, 17. Del Océano y de Salacia, nieto del Cielo y de la Tierra. De Pólux, FULG. *Myth.* 1, 2.

³³ *Sim.* 1, 46-47; OVID. *Fast.* 1, 236.

³⁴ *Per.* 10, 208.

³⁵ *Sim.* 1, 45; OVID. *Fast.* 1, 235; VIRG. *Aen.* 8, 319-320; TIBULL. 2, 5, 9-10.

³⁶ *Sim.* 1, 47-48.

³⁷ *Per.* 10, 207-208; VIRG. *Aen.* 8, 519.

³⁸ *Sim.* 1, 43-44; VARR. *R. R.* 3, 1; VIRG. *Aen.* 8, 319-323.

³⁹ *Sim.* 1, 48; VIRG. *Aen.* 7, 203; 6, 794; *Georg.* 2, 174, donde llama a Italia «Saturnia tellus».

⁴⁰ *Sim.* 1, 49-50; VIRG. *Georg.* 2, 406-407; *Aen.* 7, 179-180; TIBULL. 1, 4, 8.

⁴¹ *Sim.* 1, 50-51; VIRG. *Aen.* 8, 357.

⁴² *Sim.* 1, 52-53.—Fué adorado sobre todo en Italia. CIC. *Nat. Deor.* 3, 17.

⁴³ *Sim.* 2, 296-297.—En su honor se establecieron las fiestas «Saturnalia», del 17 al 23 de diciembre, LIV. 30, 36; CIC. *Att.* 13, 52; MACROB. *Sat.* 1, 10, 3, 18 y 23; MARTIAL, 4, 88.

⁴⁴ *Per.* 2, 452; *Sim.* 1, 46; 234; 628; VIRG. *Aen.* 7, 180.

⁴⁵ *Sim.* 1, 54-55.—Marido de Ops, hermana suya, o de Cibeles, OVID. *Met.* 9 497. De ella tuvo seis hijos: Chirón, Cromo, Pico, Júpiter, Neptuno, Plutón; y cuatro hijas: Ceres, Glauca, Juno y Vesta. Cfr. OVID. *Fast.* 6, 285.

⁴⁶ *Sim.* 1, 56-57; VIRG. *Georg.* 3, 92-94.

Tuscas ⁴⁷, relinchando tras ellas, sediento de lujuria ⁴⁸. Con todo su reinado fué el de los siglos de oro ⁴⁹.

Júpiter. Hijo de Saturno ⁵⁰. Cuando él nació ya el mundo tenía muchos siglos de existencia, mal puede ser autor del mundo ⁵¹. Lo crió la cabra Amaltea ⁵². Adúltero ⁵³, estuprador ⁵⁴, peor aun que su padre ⁵⁵, corruptor de las vírgenes espartanas ⁵⁶, se sirve de un águila para satisfacer sus lascivias ⁵⁷. Sería interminable la enumeración de sus crímenes: comete enormes bestialidades ⁵⁸ en forma de buey y de cisne ⁵⁹; viola los hogares y lechos honrados en forma de lluvia de oro ⁶⁰; corrompe al joven Ganimedes ⁶¹, llenando de celos a Juno hermana y esposa suya ⁶², es padre de innumerables dioses, entre ellos de Marte ⁶³. Se complace en las víctimas humanas ⁶⁴. La veneración a Júpiter corrompe la ciudad de Roma ⁶⁵, no enseñó

⁴⁷ *Sim.* 1, 57-58; OVID. *Met.* 6, 126.

⁴⁸ *Sim.* 1, 58; VIRG. *Geor.* 3, 93-94.

⁴⁹ *Per.* 10, 206; VIRG. *Aen.* 8, 319 y ss., STAT. *Silv.* 1, 6, 38; VIRG. *Georg.* 2, 538.—Fr. Luis de León lo llama «Saturno, padre de los siglos de oro». (*Cuando contemplo el cielo*, v. 57). Descripción de esta edad por OVIDIO, *Met.* 1, 89-112; por TIBULL. 1, 3, 35-50.

⁵⁰ *Sim.* 1, 59.—En cuanto a su madre algunos la llaman Ops, LACTANT. 1, 13, PLAUT. *Per.* 252; hermano de Baco, CIC. *Nat. Deor.* 3, 21.

⁵¹ *Per.* 10, 616 y ss. Ps. TERTULL. *in fragm.* «*de diis execrandis*»: «Jovem quem vocant, quemque putant summum Deum quando natus est, a constitutione mundi erant ad illud tempus anni ferme tria milia». Cfr. CYPRIAN. *Idol.* 2: MINUC. FEL. *Octav.* 21, y 22 y 23; LACTANT, 1, 11-13.

⁵² *Per.* 2, 618-619; HYGIN. *Fab.* 159; JUVEN. 14, 81.

⁵³ *Per.* 2, 465.

⁵⁴ *Per.* 2, 466; PROPERT. 3, 11, 27-28.

⁵⁵ *Sim.* 1, 59.—Originó la edad de plata, OVID. *Met.* 1, 113 y ss. *Malus*, lo llama HOR. *Od.* 1, 22, 19; *perfidus* STAT. 6, 182; *pessimus* LUCAN. 6, 742.

⁵⁶ *Sim.* 1, 60.

⁵⁷ *Per.* 10, 233-235.

⁵⁸ PLAUT. *Poen.* 335 le llama *Lenonius*, rufián.

⁵⁹ *Sim.* 1, 61-64; VIRG. *Ciris*, 489.

⁶⁰ *Sim.* 1, 65-68.

⁶¹ *Sim.* 1, 69-70.

⁶² *Sim.* 1, 71; VIRG. *Aen.* 1, 28.

⁶³ *Per.* 2, 619. «Llegó a estuprar a más de sesenta doncellas, de las que tuvo cuarentainueve hijos y treintaicuatro hijas». Cfr. CYPRIAN. *ad Donat.* 9; FIRM. MATERN. 12; y sobre todo Hygino, Arnobio y Agustín en varios lugares.

⁶⁴ *Sim.* 1, 396.

⁶⁵ *Sim.* 2, 678-679.

más que crueldades y derramamiento de sangre ⁶⁶. Júpiter es el mismo demonio que se indigna con el triunfo de Cristo ⁶⁷. Tiene a su disposición el rayo ⁶⁸, pero con todo su poder no logró impedir que los soldados de Roma se apoderaran de Creta, su patria ⁶⁹.

Al llegar a este punto, Prudencio no puede menos de hacer una advertencia para explicar el por qué de la imposición de la idolatría:

«Esta es la causa—dice—y el origen del mal, porque la ignorancia inculta fingió edades de oro bajo el reinado de Saturno, y porque el artero Júpiter urdía con su nuevo ingenio múltiples astucias y variadas trampas para que pensarán que mudaba su piel y su cara y que se hacía buey, águila, cisne, lluvia de oro... ¿Pues qué es lo que no iba a creer la ignorancia rústica de los hombres sin civilizar, entre las bestias y el cuidado de las fieras, si recibía cosas a que estaba acostumbrada su alma privada de toda noción elevada? La malicia astuta del deceptor los atrajo a cualquier creencia, el pueblo ignorante le oyó con gusto» ⁷⁰.

Mercurio. No mejoran los tiempos con el influjo de los hijos de Júpiter. Mercurio, hijo de Júpiter y de Maya ⁷¹, es causa de una edad más corrompida aún que la de su padre ⁷². Es la personificación de uno de los demonios que Jesucristo lanzó del poseso geraseno ⁷³. Es tenido por un gran Dios ⁷⁴, que, como mensajero y ordenanza de los dioses, volaba por las nubes y cruzaba el viento ligero con sus pies alados ⁷⁵; pero era un ladrón empedernido que despojó a su hermano Apolo del rebaño de vacas que pastoreaba y del

⁶⁶ *Sim.* 2, 679-680.

⁶⁷ *Sim.* 2, 681-683.—Ennio y Cicerón decían que Júpiter era el aire. Cfr. *CIC. Nat. Deor.* 1, 5, 40. Es la luz material que nos alumbra a quien llaman con este nombre, cfr. *CIC. Nat. Deor.* 2 25; *SERVIO* en *VIRG. Aen.* 9, 570. Hay varios Júpiter, Cfr. *Nat. Deor.* 3, 16. *PROPERT.* 3, 15, 21: (Juppiter) si deus es...

⁶⁸ *Per.* 13, 93; *VIRG. Georg.* 1, 328 y ss., *HOR. Od.* 3, 3, 6; 1, 34, 6 y ss. *TIBULL.* 1, 2, 8.

⁶⁹ *Sim.* 2, 491; Cfr. *TIBULL.* 3, 11, 66: «Vix timeat salvo Caesare Roma Jovem».

⁷⁰ *Sim.* 1, 72-83.

⁷¹ *Sim.* 1, 87; *OVID. Met.* 2, 743; *VIRG. Aen.* 8, 138.

⁷² *Sim.* 1, 84.—Se convierte en Ibis (*HYGIN. Astr.* 2, 28) en cordero (*HYGIN. Fab.* 224), para lograr sus caprichos lascivos. Violó a Diana (*Nat. Deor.* 2, 23), a Venus varias veces (*AUSON. Epigr.* 100), a Proserpina (*PROPERT.* 2, 2, 11), a Chion (*HYGIN. Fab.* 201), a Clicia (*HYGIN. Astr.* 2, 13), a doscientas más...

⁷³ *Apot.* 410-416.

⁷⁴ *Sim.* 1, 87-88

⁷⁵ *Sim.* 1, 99-101; *PROPERT.* 2, 30, 5-6. *MACROB. Sat.* 1, 19, 12; *OVID. Met.* 4, 756; *APULEJ. Met.* 10, 30 y *Apol.* 63.

carcaj que le distinguía ⁷⁶. Enseñó toda clase de vicios a los honrados colonos ⁷⁷, sobre todo el latrocinio ⁷⁸ y el arte de la magia ⁷⁹, por el que se distingue en evocar hechiceramente las sombras ⁸⁰ y en encantar las cenizas sepulcrales ⁸¹. El conduce a los infiernos las almas de los muertos ⁸², a quienes priva antes de la vida ⁸³, sacándolas después de mil años a nueva vida terrena ⁸⁴, dotando de esta forma a la vida de un doble crimen: el matar y el devolver la vida para tener el gusto de volver a matar ⁸⁵. Pero con todos sus encantamientos y hechicerías su poder no pudo resistir el empuje de las legiones romanas que conquistaron la Lacedemonia que él protegía ⁸⁶.

Marte. Sumamente parco es Prudencio hablando de este hijo de Júpiter y de Juno ⁸⁷, apellidado Gradivus ⁸⁸ por su decisión en los combates ⁸⁹; pero lo poco que nos dice manifiesta bien a las claras el alto grado de criminalidad del monstruo. Viola a una sacer-

⁷⁶ *Per.* 10, 193-194; HOR. *Od.* 1, 10, 7-16; OVID. *Fast.* 5, 104; 665-666; ISIDOR. *Orig.* 8, 11, 47. Robó además el tridente a Neptuno, la espada a Marte y el cinturón a Venus; OVID. *Fast.* 5, 691; HOR. *Od.* 1, 10, 11 ss.; S. AGUST. *Civ. D.* 7, 20; LACTANT. 1, 10.

⁷⁷ *Sim.* 1, 85; OVID. *Fast.* 5, 104.

⁷⁸ *Sim.* 1, 86; 88.

⁷⁹ *Sim.* 1, 89; HOR. *Od.* 1, 10, 7; ISIDOR. *Orig.* 8, 9, 33.

⁸⁰ *Sim.* 1, 96.

⁸¹ *Sim.* 1, 97.

⁸² *Sim.* 1, 90-98; HOR. *Od.* 1, 10, 17-18; 1, 24, 15-18.

⁸³ *Sim.* 1, 98.

⁸⁴ *Sim.* 1, 90-98; VIRG. *Aen.* 4, 242 y ss.; HOR. *Od.* 3, 11, 15-17.

⁸⁵ *Sim.* 1, 99.

⁸⁶ *Sim.* 2, 518-519.

⁸⁷ *Sim.* 2, 495; HYGIN. *Fab. praef.*; MANIL. 4, 689. Otra versión del origen de Marte dice que nació de Juno sin padre:

«decerpsi pollice florem:

Tangitur et tacto concipit illa (Juno) sinu,

fitque potens voti Marsque creatus erat».

(OVID. *Fast.* 5, 219-220).

⁸⁸ *Sim.* 1, 166, como en VIRGILIO, *Aen.* 3, 35, y OVIDIO, *Met.* 14, 820; y VAL. FLACO, 3, 498.

⁸⁹ SERVIO a Virg. en este lugar (*Aen.*, 3, 35). O del que crece o fructifica: «lo stesso epiteto gradivus è da qualcuno ricollegato non già alla radice *gradior* (incedere, andar), bensì all' altra *grandire* (crescere, crecer). (PRAMPOLINI, *La Mitologia nella vita dei popoli*, Milano, 1942, tom. II, p. 174.

dotisa Vestal ⁹⁰, cuya castidad debía conservarse inviolada bajo penas severísimas. La burlada dió a luz a Rómulo y Remo y fué precipitada al Tíber víctima de horribles remordimientos. Para estuproarla se finge un joven mortal ⁹¹. Nuestros antepasados ignorantes y atolondrados vieron plausibles los crímenes de Marte y le dedicaron numerosos templos ⁹². Su nombre es metonímicamente tomado por la guerra y en este sentido lo nombra Prudencio algunas veces ⁹³.

Apolo. Hijo de Júpiter y de Latona ⁹⁴. Apellidado Cintio ⁹⁵, por una montaña de este nombre en Delos ⁹⁶. Usaba de la impura familiaridad del joven Jacinto a quien había afeminado ⁹⁷ cuya muerte, causada por Céfiro, no pudo impedir ⁹⁸. Desterrado del cielo tuvo necesidad de contratarse como pastor para guardar los rebaños de Admento ⁹⁹, pero fué tan negligente que se lo dejó robar ¹⁰⁰ y tan cobarde que se vió desarmado por su hermano Mercurio ¹⁰¹. A veces es tenido por el sol mismo ¹⁰², pero es el mismo demonio ¹⁰³.

⁹⁰ *Sim.* 1, 167.—TIBULL. 2, 5, 51-54. A Venus misma, CIC. *Nat. Deor.* 3, 23; OVID. *Met.* 4, 171 y ss, PROPERT. 2, 32, 33 etc. etc. Cfr. HYGIN. *Fab.* 159; OVID. *Fast.* 4, 172; HYGIN. *Fab.* 30; 159; 171; y de nuevo OVID. *Met.* 12, 610 donde le llama *femineus*, afeminado; MARTIAL. 6, 21, 5 *lascivus*; LUCAN. 9, 10, 47 *sceleratus*; 7, 335 *funestus*; 7, 613 *saevus*; VIRG. *Aen.* 2, 440 *indomitus*; HOR. *Od.* 2, 14, 13 *cruentus*.

⁹¹ *Sim.* 1, 170-171; 174-179.

⁹² *Sim.* 1, 180; CIC. *Quint.* fr. 3, 7; LIV. 7, 23; 10, 28; OVID. *Fast.* 6, 191; SERV. en *Aen.* 1, 292. Se le honraba sobre todo en las calendas de marzo, día en que nació (OVID. *Fast.* 3, 259; 383-396 y 5, 597; TIBULL. 3, 1, 1; 4, 2, 1. Los restos de antiquísimas oraciones rituales prueban que Marte fué uno de los dioses primeramente venerados entre los labriegos latinos. Cfr. el fragmento de los hermanos ARVALES y CAT. *R. R.* cap. 141.

⁹³ Cfr. *Ps.* 215; 549; PROPERT. 2, 34, 56; 3, 3, 42.

⁹⁴ HYGIN. *Fab.* 53; VARR. *L. L.* 7, 2, 16.

⁹⁵ *Sim.* 2, 492; HOR. *Od.* 3, 4, 64.

⁹⁶ Cfr. PAUL. FEST. p. 52; VIRG. *Ecl.* 6, 3; *Georg.* 3, 36.

⁹⁷ *Per.* 10, 188-190. A Ciprés, HYGIN. *Fab.* 272; y a infinidad de mujeres. Cfr. HYGIN. *Fab.* 161.

⁹⁸ *Per.* 10, 191-192.

⁹⁹ *Per.* 10, 193; TIBULL. 2, 3, 11-14.

¹⁰⁰ *Per.* 10, 194.

¹⁰¹ *Per.* 10, 195.

¹⁰² *Sim.* 1, 310-314.

¹⁰³ *Apot.* 401-408.

No pudo proteger a Delfos contra el valor de nuestros soldados ¹⁰⁴.

Vulcano. Hijo de Júpiter y de Juno ¹⁰⁵ es el fuego que se nos ha dado para nuestros usos ¹⁰⁶, teniéndose como obras suyas las que son únicamente del fuego ¹⁰⁷. Se le ha atribuido condición de dios ¹⁰⁸. Se le han dedicado templos ¹⁰⁹, se le ha dado un aspecto horroroso de hombre ¹¹⁰, apropiándole el oficio de herrero, cuyas fraguas están situadas en las entrañas de los volcanes Etna y Eolia ¹¹¹.

Si de los dioses pasamos a las diosas mayores, no tiene Prudencio mejor concepto. Las enumeraremos simplemente:

Juno. Procedente de Libia ¹¹², estuprada por su hermano Júpiter que luego la hizo su esposa ¹¹³; airada siempre y vengativa ¹¹⁴ de tanta confusión en sus datos que se conocían en Roma dos Junos distintas ¹¹⁵.

De **Vesta** y de **Ceres** apenas habla en particular.

Minerva. Virgen ¹¹⁶, pelasga ¹¹⁷, guerrera ¹¹⁸, cuyo peto estaba recamado de hidras ¹¹⁹. No pudo oponerse a la conquista de Argos

¹⁰⁴ *Sim.* 2, 492. Protegía a esta ciudad porque había nacido en ella. Cfr. PLIN. *H. N.* 16, 44, 89; ENN. *Frag.* 295.

¹⁰⁵ *Met.* 4, 173.

¹⁰⁶ *Sim.* 1, 304.

¹⁰⁷ *Per.* 2, 343-346; 404; HOR. *Od.* 1, 4, 8 donde le llama *ardens*; VIRG. *Aen.* 8, 414, *ignipotens*; Senec. *Phaedr.* 189, *opifex fulminis*.

¹⁰⁸ *Sim.* 1, 305; *Liv.* 34-45.

¹⁰⁹ *Sim.* 1, 306; PLIN. *H. N.* 16, 14, 87; C. I. L. 6, 16 28; VARR. *L. L.* 5, 10.

¹¹⁰ *Sim.* 1, 307.

¹¹¹ *Sim.* 307-308.

¹¹² *Sim.* 1, 256; 184.

¹¹³ *Per.* 2, 466; *Sim.* 1, 251-252. HOR. *Od.* 3, 3, 64 y ss; VIRG. *Aen.* 1, 40 y ss. VARR. *L. L.* 5, 10, 67; OVID. *Her.* 9, 7.

¹¹⁴ *Per.* 10, 287; HYGIN. *Fab.* 12; 13; 52; 150; 177; ASTR. 2, 16; OVID. *Fast.* 2; 177 ss.; ARNOB. 4, 25; VIRG. *Aen.* 1, 4; 279; 668; 2, 612; OVID. *Met.* 7, 523; 9, 293.

¹¹⁵ *Sim.* 1, 293-294.

¹¹⁶ *Per.* 14, 26-28; OVID. *Am.* 1, 7, 18; STAT. *Theb.* 11, 414.

¹¹⁷ *Sim.* 1, 183-184; SIL. ITAL. 13, 55.

¹¹⁸ *Sim.* 2, 544; HYGIN. *Fab.* 150; *Armifera*, OVID. *Am.* 2, 6, 35; *armigera*, PETRON. 5, 9; *armipotens*, VIRG. *Aen.* 2, 17; *bellatrix*, OVID. *Met.* 8, 264; *belligera*, MARTIAL. 7, 1.

¹¹⁹ *Per.* 10, 275.

por las legiones romanas ¹²⁰. Falsamente se le atribuye la invención del olivo ¹²¹.

Diana. La triforme ¹²² dotada de distintos nombres según su cometido. Diana en la tierra, Luna en el cielo ¹²³, Proserpina en los infiernos ¹²⁴. Señora de las Euménides ¹²⁵ y de las Furias ¹²⁶. Cazadora empedernida ¹²⁷ raptada por Plutón y conducida a los infiernos ¹²⁸. En la tierra es aplacada por el sacrificio de una vaca estéril degollada ¹²⁹. Es un demonio triforme ¹³⁰. No fué capaz de oponerse a los soldados de Roma en Efeso ¹³¹.

Venus. Es la nada ¹³², llamada también Citerea ¹³³, se unió vergonzosamente a un hombre ¹³⁴. Su nombre es un pretexto para legitimar los mayores crímenes ¹³⁵. Es adorada juntamente con Roma ¹³⁶ hija suya y de Marte ¹³⁷. A ella se le atribuían injustamente las victorias logradas por el esfuerzo de nuestros soldados ¹³⁸.

2.—Dioses menores y semidioses.

Hablaremos solamente de aquellos sobre los que Prudencio se extiende más.

¹²⁰ *Sim.* 1, 491.

¹²¹ *Sim.* 2, 220-222; VIRG. *Georg.* 1, 18; VARR. *R. R.* 1, 1, 6; MARTIAL. 1, 77; HYGIN. *Fab.* 164; OVID. *Met.* 6, 79-82.

¹²² VIRG. *Aen.* 4, 511.

¹²³ CATULL. 34, 13; CIC. *Acad.* 2, 2, 28.

¹²⁴ *Sim.* 1, 360; 365-368.—Otros opinan que era distinta de Diana. CIC. *Nat. Deor.* 3, 23.

¹²⁵ *Sim.* 1, 356.

¹²⁶ *Sim.* 1, 365-369.

¹²⁷ *Sim.* 1, 363; 2, 494; *Per.* 10, 281-282; VIRG. *Aen.* 1, 503; OVID. *Met.* 3, 252; *Her.* 19, 229; STAT. *Theb.* 9, 616.

¹²⁸ *Sim.* 1, 657; LUCAN. 6, 740; OVID. *Met.* 5, 346 y ss.; HYGIN. *Fab.* 146; CIC. *Verr.* 6, 48.

¹²⁹ *Sim.* 1, 358-359.

¹³⁰ *Sim.* 1, 369-378.

¹³¹ *Sim.* 2, 494.

¹³² *Per.* 3, 76.

¹³³ *Sim.* 1, 166; VIRG. *Aen.* 1, 257; HOR. *Od.* 1, 4, 5; OVID. *Her.* 1, 3, 4; *Met.* 4, 190.

¹³⁴ *Sim.* 1, 167-170.

¹³⁵ *Sim.* 2, 225-226.

¹³⁶ *Sim.* 1, 221-222.

¹³⁷ *Sim.* 1, 164-166.

¹³⁸ *Sim.* 2, 553-554.

Priapo. Es un hombrecillo griego ¹³⁹, venido del Helesponto ¹⁴⁰, buen agricultor ¹⁴¹ hacendado ¹⁴² obsceno e impuro hasta el exceso ¹⁴³, sin dominio sobre sus instintos ¹⁴⁴ siempre dispuesto para el mal y para satisfacer sus bajos caprichos ¹⁴⁵, torpe guardián de los huertos, dios espantapájaros ¹⁴⁶, guarda de las viñas de los sabinos ¹⁴⁷, elevado a la categoría de dios y adorado en Roma ¹⁴⁸. Se representa con figura escandalosa y horrible ¹⁴⁹, exige como paga a sus cuidados anuales un pellejo de leche y una torta sacrificial ¹⁵⁰.

Baco. Joven Tebano ¹⁵¹ que se constituyó en dios al vencer a los indios ¹⁵², se deja llevar del frenesí del triunfo y se apodera de todo el oro de la gente sometida ¹⁵³; se entrega al libertinaje con su mutilado escudero ¹⁵⁴, se empapa de vino hasta los huesos ¹⁵⁵, está habitualmente borracho ¹⁵⁶, derrama el vino hasta sobre el lomo de los uncidos tigres ¹⁵⁷. Los que quieren agradarle le imitan en todo ¹⁵⁸ como las bacantes ¹⁵⁹. Con esta caterva se acompaña el borracho adúltero ¹⁶⁰. Sus obscenas felonías son indignas de referirse ¹⁶¹. Estos son los méritos que tiene y por lo que ahora se le ofrecen víctimas ¹⁶².

¹³⁹ *Sim.* 1, 103.

¹⁴⁰ *Sim.* 1, 111; VIRG. *Georg.* 4, 111; OVID. *Met.* 9, 347; *Fast.* 1, 415 ss.; 6, 319 ss.; HYGIN. *Fab.* 160.

¹⁴¹ *Sim.* 1, 104.

¹⁴² *Sim.* 1, 105.

¹⁴³ *Sim.* 1, 104-108; Cfr. HOR. *Sat.* 1, 8.

¹⁴⁴ *Sim.* 1, 109.

¹⁴⁵ *Sim.* 1, 110.

¹⁴⁶ *Sim.* 1, 112; HOR. *Sat.* 1, 8; VIRG. *Ecl.* 7, 34.

¹⁴⁷ *Sim.* 1, 114; HOR. *Sat.* 1, 8.

¹⁴⁸ *Sim.* 1, 102-103.

¹⁴⁹ *Sim.* 1, 115.

¹⁵⁰ *Sim.* 1, 113-114; VIRG. *Ecl.* 7, 33.

¹⁵¹ *Sim.* 1, 122.

¹⁵² *Sim.* 1, 122; Cfr. OVID. *Met.* 4, 1 y ss.

¹⁵³ *Sim.* 1, 123-124.

¹⁵⁴ *Sim.* 1, 125-126; CASSIOD. *Hist. trip.* 6, 16.

¹⁵⁵ *Sim.* 1, 126.

¹⁵⁶ *Per.* 10, 279-280.

¹⁵⁷ *Sim.* 1, 128.

¹⁵⁸ *Sim.* 1, 131.

¹⁵⁹ *Sim.* 1, 133-134.

¹⁶⁰ *Sim.* 1, 135.

¹⁶¹ *Sim.* 1, 136-144.

¹⁶² *Sim.* 1, 129-130.

Jano. Monstruo bifronte ¹⁶³, le están consagradas las calendas de enero, fiesta que llena de alegría a los romanos ¹⁶⁴. Se le ofrecen sacrificios en enero ¹⁶⁵ y se le invoca siempre en los comienzos del año y de las obras ¹⁶⁶. Se ofrecen banquetes en su honor ¹⁶⁷.

Los Penates. De muchísima transcendencia para la vida romana eran también unos dioses o diosecillas a quien nadie conocía, pero que cada familia suponía a su plena disposición. Algo así como los dioses tutelares del hogar, que según los restos arqueológicos conservados solían representar bajo la imagen de una gran culebra o de un espantoso dragón. Prudencio es parco hablando de ellos, pero sus palabras son bastante explícitas para darnos a entender la perturbación religiosa de quienes se confiaban a ellos. Deidades desterradas de Frigia ¹⁶⁸, su imagen era la sombra protectora ¹⁶⁹, se les honraba con el fuego familiar ¹⁷⁰.

El Genio y el Hado. Al Genio se le atribuía la conservación y el régimen inmediato de la ciudad. Especie de dios tutelar de toda Roma que llevaba la ciudad al triunfo y al dominio del mundo ¹⁷¹.

No puedo averiguar en qué consiste la naturaleza del Genio que no tiene cuerpo, ni espíritu, ni origen, ni forma alguna por la que podamos conocerle ¹⁷².

En cambio concibo el origen y la infusión de las almas humanas y su obra en los cuerpos ¹⁷³. Tú sustituyes el alma por el Genio, pero el Genio no ha existido nunca ni puede existir ¹⁷⁴. ¿Cuándo empezó la vida de ese Genio de la ciudad? ¿Se infundió por las

¹⁶³ *Per.* 2, 449; *Cic. Nat. Deor.* 2, 27-67; *Ovid. Fast.* 1, 65; 89, 1, 135; 1, 89 y ss.; *Virg. Aen.* 7, 180; *Martial.* 8, 8; *Juven.* 6, 386; *Cat. R. R.* 134; *Liv.* 8, 9.

¹⁶⁴ *Sim.* 1, 239-240; *Ovid. Fast.* 1, 65, ss.

¹⁶⁵ *Sim.* 1, 237.

¹⁶⁶ *Sim.* 1, 238; *Hor. Sat.* 2, 6, 20.

¹⁶⁷ *Sim.* 1, 238-239; *Ovid. Fast.* 1, 185-189.

¹⁶⁸ *Per.* 2, 448.

¹⁶⁹ *Sim.* 1, 195.

¹⁷⁰ *Sim.* 2, 965-966.

¹⁷¹ Cfr. *Sim.* 2, 74-82.

¹⁷² *Sim.* 2, 374-377.—«In Capitolio fuit clipeus consecratus cui scriptum erat: Genio urbis Romae sive mas sive femina» (*Serv. a Virg. Aen.* 2, 351). El Genio se representaba con la cabeza velada y coronado de laurel, en su diestra tenía la cornucopia, señal de la abundancia, y en su izquierda una copa. Cfr. *Jordan Ann. d. Ist. Arch.* 1872, p. 19-47.

¹⁷³ *Sim.* 2, 378-384.

¹⁷⁴ *Sim.* 2, 384-385.

ubres de la loba? ¿Cuando Rómulo observó los doce buitres? ¹⁷⁵. ¿Dónde reside? ¿qué hizo? ¿Ayuda por casualidad a nuestros soldados cuando abren las trincheras delante de los campamentos? ¹⁷⁶. ¿No ves que esto es ridículo? ¹⁷⁷. Supongamos que es una sombra, un poco de hálito, ¿por qué es uno solo y no hay uno para cada piedra de la ciudad, para cada rincón, para cada casa? ¹⁷⁹. En el mismo sentido habla del Hado, poniendo de manifiesto la ridiculez de tal divinidad, inexistente y amorfa ¹⁸⁰.

Otras divinidades

No se contentaban con todo este enjambre de dioses, símbolo cada uno de un vicio o de una monstruosidad, sino que introdujeron en su culto todos los dioses o monstruos de que tuvieron noticia en sus largos viajes, o en su prolongada permanencia en los pueblos vencidos. Así introdujeron a Anubis ¹⁸¹, a Caribdis ¹⁸² a Cloacina. Epona ¹⁸³, al Caos ¹⁸⁴, a Esculapio ¹⁸⁵ a la hidra Lerna ¹⁸⁶, a Isis ¹⁸⁷, al Leteo ¹⁸⁸, a Lucifer o el lucero de la mañana ¹⁸⁹, a los bosques, Lucus, ¹⁹⁰, a la Luna ¹⁹¹, a la misma Roma, como hija de Venus y de Marte ¹⁹², a las Sirtes ¹⁹³, al Sol ¹⁹⁴, a Estérculo o Ester-

¹⁷⁵ *Sim.* 2, 392-397.

¹⁷⁶ *Sim.* 2, 398-401.

¹⁷⁷ *Sim.* 2, 402.

¹⁷⁸ *Sim.* 2, 403-416.

¹⁷⁹ *Sim.* 2, 443-448.

¹⁸⁰ *Sim.* 2, 449-486.

¹⁸¹ *Apot.* 195-196.

¹⁸² *Cat.* 12, 107.

¹⁸³ *Apot.* 197.

¹⁸⁴ *Cat.* 9, 81; 12, 40.

¹⁸⁵ *Apot.* 203-206.

¹⁸⁶ *Per.* 10, 881-885.

¹⁸⁷ *Per.* 3, 76-78.

¹⁸⁸ *Cat.* 6, 18.

¹⁸⁹ *Cat.* 12, 31.

¹⁹⁰ *Per.* 6, 39.

¹⁹¹ *Cat.* 12, 9,

¹⁹² *Sim.* 1, 164-166; 221-222.

¹⁹³ *Cat.* 7, 30.

¹⁹⁴ *Cat.* 12, 26; 91.

colero ¹⁹⁵, a la victoria, pretexto y ocasión de la invectiva de Símaco y de su esporádica defensa de la idolatría ¹⁹⁶.

Pusieron dioses en los mismos infiernos, bajo las órdenes de Plutón ¹⁹⁷ y de su esposa Proserpina ¹⁹⁸. Las Furias o Euménides ¹⁹⁹, el barquero Carón ²⁰⁰, los Manes a quienes consagraban las almas de los difuntos ²⁰¹.

Y para colmo de locura, como si todavía tuvieran pocos dioses con los fingidos e importados, divinizaron a los animales y los inmortalizaron en el cielo. Así la cabra de Júpiter (Capricornio), así el cangrejo (Cáncer) que, puesto por Júpiter junto a la hidra Lerneá, le picó ésta en la pata y Júpiter lo mató para que no sufriera, pero Juno, airada aquellos días con su esposo, por una de tantas travesuras, inmortalizó al cangrejo y lo colocó en el cielo; así el Aries, y el Piscis, y las Osas, y los caballos de Pólux, y el toro, etc, etc, hasta la lira de Orfeo cuando fué deshecho su dueño por las jóvenes Tracias.

Más escandalosa todavía es la divinización de los reyes y emperadores, cuyos sepulcros corrompidos, y enormes vicios todos conocían ²⁰². Se ofreció a los caudillos el honor del incienso, se les erigió templos, y el honor que se les tributó en vida se ha trasladado a la gusanera de sus sepulcros ²⁰³. En esas Escuelas aprenden los jóvenes y las doncellas toda clase de vicios de inmoralidades y de corrupción. Si los más corrompidos son propuestos como modelos, todo les será permitido a todos ²⁰⁴.

Pero Prudencio debe concretar, quiere desenmascarar la farsa de la divinidad de Augusto y de Libia tan celebrada por los poetas más eminentes y de gran boga por aquellos días. La crudeza de

¹⁹⁵ *Per.* 2, 448-452.

¹⁹⁶ *Sim.* 2, 12-14; 18-48.—Sobre la defensa de la idolatría hecha por Símaco *Per.* 10, 396-425.—La conservación de la idolatría se debía mucho a la educación, *Sim.* 1, 200-244.

¹⁹⁷ *Sim.* 1, 369-401.

¹⁹⁸ *Sim.* 1, 354-378.

¹⁹⁹ *Cat.* 11, 91.

²⁰⁰ *Sim.* 1, 386-387.

²⁰¹ *Sim.* 1, 402-409.

²⁰² *Sim.* 1, 145-148.

²⁰³ *Sim.* 1, 151-158.

²⁰⁴ *Sim.* 1, 159-163.

nuestro vate es descarnada, procuremos templarla un poco para citar sus palabras:

«...la posteridad adoró a Augusto con su mes, sus templos, sus sacerdotes y sus aras, y lo aplacó con sacrificios de novillos y de corderos. Se postró en el pulvinar de Augusto y le hizo consultas por medio de los oráculos. Lo atestiguan las inscripciones, lo manifiestan los decretos del senado que ordenan un templo a Augusto a semejanza del de Júpiter. Añadieron otro templo a Livia, para hacerla como Juno, que llegó al tálamo nupcial no menos criminalmente que cuando la hija de Saturno ocupó el lecho de su hermano... Livia alumbró su prole ajena al marido entre las orgías de las bodas... Oh Roma, atiende a quién constituíste en diosa y le diste honor perpetuo entre las Floras y las Venus. Y no es de maravillar ¿pues qué hombre prudente dudaba que ellas procedían de estirpe mortal, y que, siendo famosas por el privilegio de la hermosura, estaban entregadas al placer hasta perder la fama, y fueron celebradas únicamente por su belleza?»²⁰⁵.

Aún es más estúpidamente absurda la divinización de Adriano y de Antinoo. Oigamos de nuevo la enérgica musa de nuestro poeta:

«¿Qué diré de Antinoo contado entre los dioses del empíreo? ¿Que él constituye las delicias del divino emperador, que él despojado de la virilidad en el lecho imperial, es el Ganimedes del dios Adriano, no para servir las copas de los dioses, sino para yacer en uno con Júpiter (Adriano), para beber el sagrado vino de la ambrosía, para oír juntamente con su marido las súplicas que en los templos le dirigen?»²⁰⁶.

Es imposible que el imperio romano pudiera llegar a mayor aberración por muy corronpido que le supongamos.

Consecuencias lógicas.

Prudencio después de enumerar las cualidades de cada divinidad pagana reconocidas y torpemente admiradas por sus adoradores, les hace reflexionar sobre la idea justa de Dios, haciendo brillar la doctrina cristiana como un sol purísimo sobre una sentina de estercoleros. Sobre sus conciencias echa siempre el velo de la ignorancia en que se ven sumidos para aminorarles en lo que puede la responsabilidad.

«Qué felices serían si supieran que todas las prosperidades están dispuestas

²⁰⁵ *Sim.* 1, 245-270.

²⁰⁶ *Sim.* 1, 271-277.

por Cristo Dios, que quiso se sucedieran los imperios por un orden cierto, y que se aumentaran los triunfos de los romanos y El mismo ha querido dárselas cuando ha llegado la plenitud de los tiempos. Pero las almas entenebrecidas y privadas de la luz, muertas en los sagrarios de Júpiter y de Augusto, en los templos de las dos Junos, y en los santuarios de Marte y de Venus, se sumergieron en el negro abismo de la muerte»²⁰⁷.

Expuesta la idea del Dios eterno y creador, santísimo, purísimo, perfectísimo, amantísimo, unidad indivisible y majestad y grandeza incomunicable, da un repaso general sobre las divinidades paganas que sirve de obligado tránsito para el fin propuesto de la abjuración de los ídolos y demás patrañas demoníacas.

El parte del principio de que son los demonios quienes reciben la adoración prestada a los ídolos y hasta admite cierta intervención demoníaca para mantener en su error a los pobres engañados. A este respecto es interesante el relato de cómo la simple imagen de la cruz que llevaba un soldado alemán de la cohorte del emperador, impidió la realización de un sacrificio delante de Juliano el Apóstata:

«Aplaca (Juliano) a Diana ofreciéndole mucha sangre y había siempre infinidad de vacas preparadas para la segur festiva de los pontífices, y el ciprés enquirnaldado asombraba a las novillas formando coronas en su testud. El anciano ceñido con las sagradas cintas, según costumbre, cortaba ya las entrañas introduciendo el puñal, y con sus manos sangrientas examinaba las fibras palpitantes con el frío de la muerte. El ingenioso arúspice notaba los últimos latidos del caliente corazón, cuando pálido exclama en medio del sacrificio ¿qué estoy haciendo? Oh buen príncipe, yo no sé qué divinidad superior se cierne sobre nuestras aras que no le bastan nuestras vasijas de leche, ni la sangre de las reses muertas, las verbenas y las coronas. Veo que las sombras reclamadas (los demonios) se disipan a lo lejos. Atemorizada Diana vuelve para atrás sus pasos, apagadas sus teas, y huye fugitiva, privada de su látigo. Nada consigue el secreto murmullo, nada aprovechan los versos mágicos: no hay víctima alguna que atraiga a los turbados Manes. ¿No ves cómo se extingue el fuego de los fríos pebeteros? ¿Cómo se amortece la llama en las blancas cenizas? El ministro palatino no puede sostener la copa, gotean los bálsamos de la trémula diestra y el mismo Flamen se admira de que sus coronas de laurel resbalan de su cabeza, y la víctima escapa al hierro incierto. No sé qué joven de los cristianos habrá entrado aquí, las ínfulas y todo el lecho de los dioses tiemblan ante tales hombres. Que se aleje de aquí el bautizado y confirmado. Que vuelva Diana a sus nuevos sacrificios.

Dijo, y cayó sin sangre; y como si el príncipe viera al mismo Cristo amenazándole con el desnudo rayo, exánime palidece, y con el corazón angustiado mira alrededor a los circunstantes a ver qué cristiano signaba su frente con la se-

²⁰⁷ *Sim.* 1, 287-294.

ñal de la cruz. Saca a un soldado rubio (alemán) de la guardia personal, preguntándole si había turbado él los susurros mágicos con la señal de su frente. No lo niega, y arrojando la preciosa lanza de dos puntas, confiesa que lleva encima la señal de la cruz» ²⁰⁸.

¿Qué son los dioses en sí? Nada ²⁰⁹. Un armadijo de crímenes, una confusión de machos y hembras que, locos en su furor pasional, ni se guardan la fidelidad debida aun entre los hombres, ni son dignos de vivir en la sociedad humana. Dignos de todos los suplicios y de eternas cárceles si quisiéramos aplicarles las honradas leyes de nuestros mayores. Una pandilla de ladrones, adúlteros, borrachos, impuros, matones, tramposos, burladores, impotentes, soberbios, pendencieros, irascibles, envidiosos, inicuos. No tienen más poder, ni más hermosura, ni más expresión que la que el artista dió a sus imágenes.

Nos reímos de los Egipcios que adoran los ajos, las berzas, las cebollas, los puerros, los cocodrilos, las monas y las serpientes, pero aun son estos dioses más dignos que los de Roma, meras consejas de viejas desdentadas, sueño quimérico de poetas, delirio incoherente de almas febricitantes. La imagen que tú adoras por sí misma, fué antes una sartén ²¹⁰. ¡Qué diferencia con el Dios inmortal, creador, conservador de todo, inmenso, omnipotente, espiritualísimo, luz verdadera y autor de la luz ²¹¹.

El lenguaje de Prudencio en este pasaje es elocuentísimo. Citaré algunos versos:

«¿Pides favor a Venus? encomiéndate también a alguna mona. ¿Te agrada el áspid sagrado de Esculapio? ¿por qué te ha de repeler el cocodrilo, el ibis y el perro? Cuelga de los puerros los sagrados exvotos, adora a la cebolla picante y al ajo mordaz. Los ahumados Lares se aplacan con incienso ¿y vamos a rechazar las sagradas berzas? ¿De dónde pueden recibir mayor dignidad nuestros altares que si se les confía lo nacido en los huertos escardados? Si son dioses las ollas, también lo son los puerros» ²¹².

El celo del poeta lo llena de entusiasmo lírico y prorrumpe en una exclamación entre compasiva e irónica.

²⁰⁸ *Apot.* 460-497.

²⁰⁹ *Per.* 3, 76.

²¹⁰ Cfr. *Per.* 10, 177-310.

²¹¹ Cfr. *Per.* 10, 311-340.

²¹² *Per.* 10, 256-265.

«¡Oh ceguera de los gentiles inundada de limo! ¡Oh carnales pechos de las naciones! ¡Oh múltiple error! ¡Oh raza tenebrosa amiga de la tierra, entregada al cuerpo, que mira siempre al polvo y que jamás dirige sus ojos al cielo! ¿No es un gran furor y la última de las locuras el tener por dioses a quienes nacen de unas bodas? ¿Buscar materialmente lo que es tan sólo espíritu, dedicar altares a elementos del mundo, y lo que ha sido criado adorarlo como criador? ¿Suplicar a un tronco trabajado con el cincel, libar con sangre de cerdo las piedras escritas, invocar los altares con albóndigas de ternera, y lamer las cajas mortales de los malvados que convierten en dioses, sabiendo como saben, que han sido puramente hombres?»²¹³. «Esto ya lo ven ridículo hasta los niños»²¹⁴.

Si me dices que veneras, no los crímenes representados por tus dioses, sino únicamente la obra material del artista ¿qué cosa más indigna? Tus dioses son inferiores a las berzas y a los ajos, porque estas plantas tienen vida y tus dioses no la tienen. Si tus dioses son únicamente piedra, con el tiempo se disuelven o saltan hechos añicos a un débil golpe; si los han formado de escayola, poco a poco se va descomponiendo el elemento conglomerante. Si la lima roedora dió la forma de estatua a las planchas de bronce, los huecos miembros o se encorvan hacia alguna parte por su propio peso, o acaba con ella recomiéndola en mil agujeros la roedora herrumbre»²¹⁵.

Pero no, «no es tu dios la tierra, ni los astros del cielo, ni el océano, ni una escondida fuerza interior, condenada por su triste crimen a las profundas tinieblas. No son dios tampoco las virtudes de los hombres o de las almas, ni las vagas y tenues imágenes de los espíritus. Lejos de ti adorar como dios a la sombra, o al genio, o al lugar, o a los fantasmas que vuelan en las sutiles auras»²¹⁶.

Ritos y ceremonias.

De la vanidad y locura de los dioses del paganismo, nos lleva Prudencio a la consideración de los ridículos ritos a que se veían obligados sus secuaces. Dice hablando de Juliano el Apóstata:

«Entre todos los príncipes no faltó uno, siendo yo niño, según recuerdo, caudillo valiente en la guerra, buen legislador, fortísimo por su palabra y por su poder, amante de la patria, pero despreocupado con respecto a la verdadera religión, devoto de trescientos mil dioses, pérfido para con Dios, benemérito para con la ciudad, que rendía su augusta cabeza a los pies de una Minerva de barro, y lamía las sandalias de Júpiter, se acurrucaba a los pies de Hércules y enceraba las rodillas de Diana, y hasta rendía su frente al yeso de Apolo, y sacrificaba entrañas ardientes al caballo de Pólux»²¹⁷.

El día de la inauguración del consulado echaban de comer pú-

²¹³ *Per.* 10, 371-385.

²¹⁴ *Per.* 10, 675.

²¹⁵ *Sim.* 1, 435-441.

²¹⁶ *Sim.* 1, 442-448.

²¹⁷ *Apot.* 450-459.

blicamente a los pollos del Capitolio ²¹⁸. Os postráis cabe las estatuas de metal o de yeso, como otros seres se tumban a la sombra de las encinas ²¹⁹. Los más nobles togados se descalzaban en las procesiones de Ceres, y desnudos, como bacantes, van correteando por las calles e hiriendo a las jóvenes con el lascivo tirso ²²⁰. Se mutilan vergonzosamente los sacerdotes de Cibeles, piensan agradar más a su diosa si se presentan ante ella no siendo ni hombres, ni mujeres ²²¹.

Pero... ¿qué hay sobre la seriedad de los sacrificios? Prudencio como buen iniciado en los misterios del paganismo, por los cargos desempeñados en su juventud, nos descubre el velo del misterio.

«¿Me refiero a la sangre de vuestro buey sagrado, con cuyo tinte os empapáis en el sacrificio? El sumo sacerdote que ha de sacrificar se esconde bajo tierra, es decir, en un hoyo hecho de antemano, va bien vestido con los hábitos pontificales, ceñidas las sienes con la venda sagrada, fija la cabellera de la corona de oro, ajustada la toga de seda con el cinturón sacerdotal. Disponen un estrado entretejido de tablas por la parte de arriba, dejando en sus junturas unas pequeñas rendijas, las separan luego, o barrenan el piso, y perforan el tablado con agujeros frecuentes, para que haya comunicación por las pequeñas aberturas.

Conducen allí un gran toro de frente torva y áspera, atado por los hombros con guirnaldas de flores, o cargados los cuernos de verdor: en la frente de la víctima brilla el oro, y el fulgor áureo brilla también en láminas sobre su pelo. Como hay que inmolar aquí a la víctima, le hienden el pecho con el hacha sagrada, y la amplia herida abierta fluye en un río de sangre, el recipiente de la oculta bóveda emite una columna de vapores y arde extensamente. Entonces por los subterfugios de las mil rendijas disimuladas se desliza la sangre que cae como un rocío corrompido, que recibe el tauróbolo escondido debajo, poniendo su cabeza sucia debajo de todas las gotas, quedando impregnado de ellas en su vestido y en todo su cuerpo. Más aun levanta su rostro, y ofrece sus mejillas, y aplica sus orejas, sus labios y sus narices, sus mismos ojos reciben el baño de aquel líquido y su paladar y su lengua quedan plenamente empapados, hasta que todo él se ve teñido con la sangre cuajada.

Después que los Flámines han separado del tablado el toro muerto, falto de sangre, sale de su escondite el sacerdote, horrendo de ver, y enseña su cabeza húmeda, su barba pesada, las vendas empapadas y sus vestidos ebrios de sangre. Todos aclaman al que se ha teñido con tales rocíos, al que se ha ensuciado con negra sangre del sacrificio expiatorio, todos lo adoran desde lejos, porque lo han lavado mientras estaba escondido en aquellas negras bodegas la sangre vil y el buey muerto. ¿Quieres que recordemos aquella tu famosa hecatombe? Cuando

²¹⁸ *Per.* 10, 147.

²¹⁹ *Per.* 10, 151-153.

²²⁰ *Per.* 10, 155-165.

²²¹ *Per.* 10, 1057-1090; *Sim.* 2, 49-66.

caen al hierro sacrificial centenares de animales y la abundante sangre procedente de varias muertes inunda todo, de forma que los augures a duras penas pueden vadear por la profundidad de los ríos cruentos» ²²².

Para los que con el malintencionado objeto de aminorar el mérito de la virginidad cristiana se complacen en escribir sobre la institución y normas de vida de las Vestales (sacerdotisas de Vesta), escribió también Prudencio unas páginas dignas de leerse en esta ocasión.

«Ahora hablaré de la honestidad de las vírgenes vestales, con qué ley gobiernen todo el decoro de la castidad. En primer lugar son llevadas pequeñas, en sus más tiernos años, antes de que la voluntad propia pueda por libre elección, y fervorosa por el aprecio de la pureza y por amor a los dioses, condenar los legítimos derechos del matrimonio. Se lleva a las ingratas aras el pudor cautivo y las miserables no dejan el placer del cuerpo intacto por voluntad, sino a la fuerza; pero el alma no está intacta, ni se deja de suspirar por el matrimonio y por las teas nupciales. La esperanza puesta a salvo no apaga todo el fuego, después de algún tiempo (después de 30 años de servicio a Vesta) podrán encender las antorchas y adornar sus bodas con las flores de sus canas. Después del tiempo reglamentario puede darse el matrimonio, porque a Vesta le asquean las doncellas viejas, pero tampoco ahora son felices, porque el amor tardío nunca recogió el fruto de los dulces hijos. Se casó la vieja veterana, que ha desempeñado su sagrado ministerio, y dejando los trípodes en que sirvió en su juventud, lleva al matrimonio sus beneméritas arrugas.

Entretanto, mientras las retorcidas ínfulas ligan los sueltos cabellos, y conservan ardientes las brasas, la Vestal doncella, es conducida por las plazas, como una pompa pública, sentada en lujoso carro, y con el rostro descubierto se muestra como visión apetecible a la ciudad atónita. Luego el gran pudor y la delicada piedad de la doncella va a ocupar su asiento en el teatro, a presenciar los choques mortales de los hombres y sus muertes, y a contemplar con sus sagrados ojos las heridas compradas por la comida. Siéntase ella, insigne por los adornos venerados de las ínfulas, y se deleita con los gladiadores. ¡Oh corazón tierno y delicado! Se levanta para ver mejor los golpes, y cuando el vencedor clava el puñal en el cuello del vencido, dice ella que está en sus delicias, y la delicada virgen indica con su póliz vuelto a tierra que le desgarran el pecho, para que no se oculte ni una parte del alma en las entrañas del vencido, mientras el gladiador ahonda cuanto puede el hincado puñal.

¿Tiene ella en su favor lo que se dice que perpetúan las vigías del Lacio por la majestad del Palatino, que redimen la vida del pueblo y la salvación de los nobles? (cuando los hallaban por la calle).

¿Les favorece el que cubren bien el cuello con la cabellera, y ciñen bien las sienes con las cintitas y añaden trampas al cabello? ¿El que sacrifican las víctimas expiatorias bajo tierra, envueltas en la oscuridad y pronunciando palabras

²²² *Per.* 10, 1008-1055.

misteriosas? ¿Acaso el que en la mejor parte de la gradería del teatro, contempla con facilidad cómo colándose el puñal hiere la cara protegida del gladiador, y cuán grande cantidad de arena riega el desgraciado con sus heridas abiertas, y con cuánta sangre imprime sus huellas cuando huye?»²²³.

Frente a frente.

Toda esta farándula de ficciones no podía sobrevivir en la lucha con la verdad, con la religión espiritual, limpia e incontaminada del cristianismo, en el que no se derrama otra sangre que la vertida por los perseguidores de los cálices purísimos de los mártires²²⁴, pero estas heridas son las condecoraciones en los cuerpos de los héroes victoriosos²²⁵. Roma debe verse libre de tales extravíos indignos de una ciudad civilizada²²⁶; en cambio debe abrazar la religión de Jesucristo²²⁷.

Esto no se consiguió sin lucha. Prudencio presenta a la Idolatría luchando con la Fe²²⁸ en un combate alegórico, y en lucha sangrienta y real en el combate de Constantino con Majencio²²⁹.

Por fin el poeta cristiano describe en varias ocasiones el triunfo de la religión de Jesucristo con las sublimes notas de su trompa épica²³⁰. Entonces Prudencio viste sus versos de vistosidad no usada y exclama:

«Era de ver la alegría de los senadores, hermosas lumbreras del mundo, y saltar de gozo el concejo de los antiguos Catones, cambiar el nevado manto de la piedad por la blanca toga y deponer los perifollos pontificales. La ilustre curia de Evandro y la descendencia de Anicio y los ilustres hijos de los Probos, corren todos generosos hacia los sinceros templos de los Nazarenos, y a las fuentes de los Apóstoles, dejados unos pocos apergaminados junto a la roca Tarpeya. Se dice, pues, que el generoso Anicio fué el primero que ennobleció el senado de la ciudad. Más aun el heredero de la estirpe Olibriaca y del nombre de su familia²³¹, obtenido el consulado, e insigne por su clámide victoriosa, hizo abatir

²²³ *Sim.* 2, 1063-1112.

²²⁴ *Per.* 10, 1091-1094.

²²⁵ *Per.* 10, 1095.

²²⁶ *Sim.* 1, 433-454; 500-506.

²²⁷ *Sim.* 1, 455-466; 507; *Sim.* 2, 1113-1131.

²²⁸ *Ps.* 29-35.

²²⁹ *Sim.* 1, 467-499.

²³⁰ *Sim.* 1, 525-623.

²³¹ En tiempo de Prudencio existieron dos Olibrios: el uno prefecto de la ciudad, bajo el consulado segundo de Valentiniano y Valente, y el otro, su hijo, que obtuvo el consulado. Quizás Prudencio se refiera a este último.

las fascas de Bruto ante el sepulcro de un mártir, e inclinar la segur itálica en honor de Cristo» ²³².

Entonces quedó vencido el demonio ²³³, se despoblaron los templos ²³⁴, se apagaron los fuegos de Vesta ²³⁵, acudió la Vestal Máxima a los templos católicos ²³⁶, quedaron desiertos los templos de Numa ²³⁷, los senadores, los lupercos y los flámines besaron los sepulcros de los apóstoles ²³⁸. El pontífice máximo se signa con la señal de la cruz ²³⁹, a Júpiter mismo ya no le obedece el rayo ²⁴⁰.

El imperio de Jesucristo ha de reconocerse también sobre los astros que la ignorancia pagana había fingido, como hemos dicho, animados por el hálito de mil divinidades.

«El astrólogo vigilante advirtió en los observatorios de la Caldea, no sin cierto temor, que se retiraba el Escorpión, que había huído el León, que el Cangrejo contraía sus patas quebradas, que el Toro mugía domado con sus cuernos rotos, que las Cabrillas quedaban lacias con su pelo sarnoso. El Acuario impelido se retira, lo mismo hace el Sagitario. Lu huída dispersa a los Gemelos en retirada, y la malvada Virgo arroja a los amantes callados (Elice y Cinosura) a lo más alto del cielo. Y todas las estrellas que penden de las inmensas nebulosas temieron el nuevo astro. La rueda del sol queda pálida y siente que se aproxima su fin (en la Pasión del Señor) y que en el mediodía se le cubren sus resplandores con un paño oscuro, y se acaba el esplendor del cielo en el centro del día, cubriendo el orbe su faz con las repentinas tinieblas» ²⁴¹.

Toda la creación reconoce el poder de Jesucristo. Todas las obras de su omnipotencia se rinden a sus pies y obedecen el mandato de su VOZ.

Prudencio al llegar a este punto invita a la dedicación de un templo en honor del único verdadero Dios. El templo es interior en lo más vivo del corazón, en lo más íntimo del alma:

«A mí solo, me has de erigir un templo, a mí el sólo y único Dios, me has de adorar. Te dispenso del cemento y de los mármoles de Paros, y de los jaspes

²³² *Sim.* 1, 545-554.

²³³ *Per.* 2, 505-508.

²³⁴ *Per.* 2, 509-510.

²³⁵ *Per.* 2, 511-512.

²³⁶ *Per.* 2, 528.

²³⁷ *Per.* 2, 513-514.

²³⁸ *Per.* 2, 517-520.

²³⁹ *Per.* 2, 525-526.

²⁴⁰ *Per.* 13, 93; Cfr. *Per.* 6, 39; *Sim.* 2, 746-747; 770.

²⁴¹ *Sim.* 1, 554.

púnicos que tiene la verde Lacedemonia, o la versicolor Sinna. Nadie me dedique el mármol rojo depositado en los montes. Yo deseo el templo del alma, no de mármol. La fe echa sus fundamentos de oro; la fúlgida estructura se levanta con la nieve de la piedad; el artesonado lo forma la alta justicia; la pureza esparce los pavimentos de colores con rojas flores, el recatado pudor guarda diligentemente los atrios. En esta casa me complazco, a este hermoso templo me retiro, digno del Huésped eterno y celestial. No es nuevo este lugar: Mi gloria y la luz de Dios se derramó en sus dependencias. Dios iluminó la materia por sí mismo creada y El preparó el cuerpo también para ser digno de su habitación, para poder descansar luego en un templo acogedor» ²⁴².

Conclusión.

Prudencio, como hemos indicado al principio, no es un apolo-gista de primera línea en el tiempo. Felizmente cuando él escribía ya Símaco había callado para siempre, y las creencias idólatras se habían refugiado en unos cuantos rezagados o en los hogares de los pueblecitos ²⁴³ perdidos en los montes, o en las llanuras del imperio. Minucio Félix, Arnobio, Tertuliano, Lactancio, S. Cipriano, San Ambrosio y otros escritores cristianos habían demostrado el error de las creencias del paganismo. Pero Prudencio es el gran poeta que canta la gesta gloriosa. No obstante, quizás al dar a su obra ese carácter directo y de acometividad, tenía en su mente la preocupación de la persuasión o del apostolado. Pensaría en algún antiguo compañero o amigo de juventud que continuaba aferrado a las viejas tradiciones y, bajo el pretexto de responder a Símaco, se esforzó por reducirlo a buen camino. De todas formas, y lo que es propio de nuestro tema, él manifiesta un conocimiento acabado de la mitología romana, con los detalles de un iniciado. No hay recoveco o misterio que resista a su mirada. Y lo que es más, sabe pintarlo todo con los colores del ridículo y de la ironía para que no haya romano por boto y romo que sea que no cale la falsedad e inconsecuencia de la religión pagana.

Prudencio, con todo, siguiendo la pauta que había dado el presbítero español Juvenco en su gran poema «*Evangeliorum libri VI*» emplea ciertas palabras míticas con un sentido puramente metafó-

²⁴² *Sim.* 2, 244-259.—Preciosas resultan también a este respecto las descripciones del templo interior hechas en *Ps.* 814-887 y *Per.* 2, 341-465.

²⁴³ Como el pueblecito o aldea se dice *pagus*, y natural de la aldea *paganus*, la aferración de estos hombres a la antigua religión se hicieron sinónimos de idólatras, paganos.

rico o metonímico. Llama al Padre eterno «Tonans»²⁴⁴, «Cunctiparens»²⁴⁵; «Numen» a la divinidad²⁴⁶, dicciones poéticas más o menos obligadas por el metro, pero siempre en circunstancias en que no es posible la confusión o el equívoco. *Caelum* era en la Mitología el padre de todos los dioses, para Prudencio, como para nosotros, es siempre el lugar donde se manifiesta especialmente la gloria de Dios y donde le gozan por toda la eternidad sus santos²⁴⁷. Marte y Bellona son meras personificaciones de la guerra²⁴⁸, como para nuestro Fr. Luis de León siglos más tarde:

«El furibundo Marte
cinco luces las haces desordena
igual a cada parte;
la sexta ¡ay! te condena,
¡oh cara patria! a bárbara cadena»²⁴⁹.

Llama Camena o Musa a su inspiración poética²⁵⁰ lo mismo que todos los poetas de todos los tiempos y países; llama Cupido al fuego de la pasión²⁵¹, Tártaro al infierno²⁵².

Pero de esto no puede escandalizarse nadie que haya leído a Fr. Luis de León, a Lope de Vega, a Cervantes, a Calderón, a Quevedo, etc., etc., ni indica otra cosa que la gran perspicacia de Prudencio al saber aniquilar al enemigo y aprovechar mientras tanto en su ventaja los pequeñísimos elementos utilizables de su glorioso botín.

JOSÉ GUILLEN.

²⁴⁴ *Cat.* 6, 81; 12, 83; *Per.* 6, 98.

²⁴⁵ *Per.* 14, 128.

²⁴⁶ *Cat.* 7, 90.

²⁴⁷ Cfr. *Cat.* 7, 75; 9, 22; 10, 77; 11, 9; 12, 92; *Per.* 13, 99, etc.

²⁴⁸ *Ps.* 215; 549; *Sim.* 2, 599.

²⁴⁹ *Prof. del Tajo*, vv. 76-80.

²⁵⁰ *Cat.* 2, 27; 9, 3.

²⁵¹ *Cat.* 7, 185.

²⁵² *Cat.* 9, 71; 12, 92.